

# Miguel Ángel Zavala Ortiz

Por Lucio García del Solar

CARI /



Jockey Club

11

LOS DIPLOMATICOS  
Estudios históricos sobre  
la diplomacia argentina

Prosiguiendo la fructífera colaboración con el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), el Jockey Club de Buenos Aires se complace en auspiciar la edición de este nuevo volumen de la serie “Los diplomáticos”, que evoca honrosamente prestigiosas personalidades de nuestra historia política.

*Juan Mariano Villar Urquiza*  
*Presidente*

# Miguel Ángel Zavala Ortiz

Lucio García del Solar

**CONSEJO ARGENTINO PARA LAS  
RELACIONES INTERNACIONALES**

Los Diplomáticos

Nº 11

Primera edición: agosto 2002

Segunda edición: junio 2024

ISSN 1668-9666

El Comité Nacional de la República Argentina para el 50° Aniversario de las Naciones Unidas se complace en editar el presente volumen de la serie “Los Diplomáticos”, que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.



Doctor Miguel Angel Zavala Ortiz  
1905-1982

Miguel Ángel Zavala Ortiz fue un hombre apasionado y vivió en una época en que la pasión por la cosa pública era tan intensa y, en algunos hombres como él, tan desinteresada, que en las decisiones en el orden personal, y en los pasos políticos, pesaba inevitablemente el factor emocional. Debido a ello tuvo aciertos y errores. Estos últimos, sin embargo, se desdibujaron en la perspectiva histórica que ha hecho justicia a su notable contribución a los momentos de grandeza de nuestro atribulado país.

Por otra parte, si bien la actuación de Zavala Ortiz, en la política interna primero y en las relaciones exteriores después, pertenece a un pasado no tan alejado, hay que tener en cuenta, si se lo quiere juzgar, que vivió tiempos previos a cambios fundamentales en el mundo y en nuestro país.

Interpreto que mi misión hoy ante Uds. es entonces la de rendir tributo no sólo al Zavala Canciller sino al hombre público que llegó al Palacio San Martín justamente por su formidable actuación política desde la más tierna juventud.

Este gran hombre nació en Villa Mercedes, San Luis, la Nochebuena de 1904, muy poco después de que su padre decidiera no asumir una banca en la Cámara de Diputados de la Nación en repudio al fraude. Eran los tiempos en que se renunciaba, cuando la figuración y las ventajas materiales contaban menos que la dignidad.

Juan Tulio Zavala y Carmen Ortiz formaban un hogar muy humilde donde nacieron once hijos, el penúltimo de los cuales fue Miguel Ángel. El padre, tocado por los vientos de progreso educativo impulsados por el formidable Sarmiento, se convierte en discípulo de Groussac y se recibe de profesor en Tucumán; luego funda y dirige la Escuela Normal de Villa Mercedes, comienza a actuar en política y entusiasmado con la prédica federalista y popular de Alem, funda con Lencinas la Unión Cívica Radical de San Luis.

Fue así que el ya importante puntano participa en las luchas que fueron conformando esa Argentina súbitamente espectacular de fin de siglo, pero cuyo progreso en varios terrenos contrastaba con las prácticas cívicas que limitaban el acceso de las clases populares a la genuina representatividad republicana. Fue otra generación que la de don Juan T. la que tuvo en suerte vivir los cambios en nuestro sistema institucional, la de su hijo Miguel Ángel.

Durante la niñez de Zavala Ortiz se sancionó la ley Sáenz Peña de sufragio universal, reclamada pertinazmente por el radicalismo y no mucho después, vino la Reforma Universitaria en cuyo ambiente inició su vida política. Enviado por su padre a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y contagiado de los aires progresistas de la Reforma, militó en las luchas estudiantiles en el socialismo, de creciente adhesión en la Capital Federal.

Recibido de abogado a los veintiún años, dio los primeros pasos de la profesión en Buenos Aires, trasladándose a Río Cuarto, Provincia de Córdoba en 1930, año del golpe militar que detuvo el proceso de maduración democrática iniciado en 1916. Allí fue acogido por un hermano mayor, Teobaldo, para que trabajase en su estudio, pero tan pobre llegó Miguel Ángel de la Capital, que le tuvo que comprar un traje para que estuviese presentable.

Su ya encendida pasión política lo lleva, en 1932, a afiliarse al radicalismo al tiempo que su también encendida pasión por las damas, convierte a este joven buen mozo de seductora mirada azul y de excepcional inteligencia, en un preciado candidato. En Buenos Aires había conocido una niña cuya belleza lo cautivó, Lidia Olmos, descendiente de antiguas familias de Córdoba y Jujuy con la que se casó en la capilla familiar de la estancia de los Olmos, en Dolores, Valle de Punilla.

Nunca tuvieron hijos, vacío en parte compensado por el compañerismo que crea la dedicación absoluta.

Las turbulencias de los años treinta no le fueron ajenas: su temperamento de gladiador lo había hecho conocer la cárcel en 1931 por conspirar contra el régimen ilegal del General Uriburu, quien clausuró un diario por él fundado, “Tribuna”. Desde el comité, desde la calle y con la pluma, también hizo oposición al gobierno cultor del fraude del General Justo.

La década del treinta finaliza con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y en la Argentina la opinión pública apasionadamente se entrega a una discusión que había comenzado con la guerra civil de España. Desde el radicalismo en general se sentía solidaridad con la causa aliada contra el Eje; Miguel Ángel Zavala Ortiz, demócrata activista, funda, con otras personalidades la “Acción Argentina”, desde la que se formulaban severas críticas a la política de neutralidad del presidente conservador Ramón S. Castillo, juzgada por muchos como favorable a Alemania e Italia.

En 1943, como en 1930, irrumpen los militares en la vida política del país y son especialmente perseguidos los políticos de las vertientes democráticas como los radicales, los socialistas y los demócratas progresistas y de las no tan democráticas como los comunistas. El día “D” del desembarco aliado en Normandía, nuevamente va Zavala a parar a la cárcel por tres meses, por manifestar a favor del acontecimiento.

La situación militar desemboca en 1946 con la aparición de un nuevo movimiento político, con amplio apoyo de los trabajadores, que triunfa en las elecciones y consagra presidente a Juan Domingo Perón. Este, que se impuso en comicios absolutamente libres, inexplicablemente gobernó con métodos totalitarios, lo que no precisaba dado su inmenso apoyo popular.

La Argentina rápidamente se convirtió en un estado policial, con los políticos perseguidos y la justicia anestesiada. Con las radios y los diarios censurados, sólo podía ser oída la oposición en la Cámara de Diputados gracias a la valiente actuación del legendario Grupo de los 44 legisladores radicales entre los cuales estaba, desde 1948, Zavala Ortiz. Era un regalo para los oídos ir al Congreso a escuchar los vibrantes discursos de Balbín, Frondizi, Allende, Sammartino, Santander, Dellepiane, Mercader, y, por supuesto, a Zavala Ortiz hostigando al gobierno con su voz aguda y penetrante como filoso estilete.



El Canciller Miguel Ángel Zavala Ortiz con los diplomáticos argentinos Juan Carlos Giménez Melo y Lucio García del Solar en la XXa. Asamblea General de las Naciones Unidas. Nueva York, 1965.



Pero en 1949, por denunciar el secuestro y las torturas del estudiante Bravo, Zavala fue víctima de un desafuero y regresó a Río Cuarto, para continuar la lucha opositora que lo llevó varias veces a la cárcel acusado de desacato. La privación de libertad personal llegó a ser de tres meses en 1951, después de su apoyo al intento revolucionario del 28 de septiembre de ese año. Fundó luego el periódico “Boina Blanca”, expresión cabal de su pensamiento combativo y que circuló casi con la misma clandestinidad con que se desarrolló entonces la vida de su director.

Tuvo activa participación en otro frustrado designio, el de junio de 1955, tras del cual debió exiliarse en Uruguay para regresar después del triunfo de la Revolución Libertadora en septiembre y ser designado miembro de la Junta Consultiva.

Vale la pena detenernos en una anécdota que refleja con elocuencia el temple de doña Lidia Olmos, la compañera ejemplar. Ausente Miguel Ángel después del 16 de junio de 1955, ella resolvió afrontar el riesgo de cruzar el vasto río para reunirse con él. Para ello, acompañó hasta su camarote a una amiga que viajaba a Europa en un barco italiano. Cuando la nave zarpó del puerto de Buenos Aires, doña Lidia permaneció a bordo y se presentó al capitán quien, cumpliendo con su deber y con los deseos de tan ilustre polizón, la desembarcó en el puerto de Montevideo.

Hasta aquí el Zavala corajudo, inflexible en el terreno de los principios, juzgándose a fondo en la pedana política y en la acción revolucionaria, todo por la lucha a favor de la democracia y de la libertad. Pero probablemente en las tediosas horas del exilio, tan proclives a la reflexión profunda, debe haberse operado en el espíritu de Miguel Ángel una suerte de catarsis que sin duda influyó en la flexibilización de sus puntos de vista sobre el fenómeno peronista, distinguiendo las malas costumbres de su líder del valor de ciertas importantes reformas. Ello se verá confirmado más adelante en este relato. Pero en ese momento, prueba esa evolución en su ánimo el hecho de propiciar en la Junta Consultiva la amnistía a los ex legisladores peronistas sin proceso. Más tarde, juzgando que las funciones de la Junta se habían desnaturalizado, renunció a ella y se lanzó de lleno a actuar en la política interna de la UCR. Hombre ya jovenmente maduro -pasaba los 50 años- ambicionaba jugar un papel que lo llevase a grandes destinos para lo que se sentía calificado. No era fácil, pues como ha sido tradicional en nuestros hábitos políticos -y en especial en la UCR- sucedió que aquella cohesión que unía, en la lucha contra el despotismo, a los brillantes diputados del Grupo de los 44, se deshizo y fue así que por lo menos Balbín, Frondizi, Alende y Zavala Ortiz encabezaron líneas diversas que, en ciertos casos, se escindieron para siempre del partido. Una de esas líneas, Unidad Radical, liderada por Miguel Ángel, propi-

ciaba para las elecciones presidenciales de 1958, la precandidatura de la fórmula Zavala Ortiz-Sammartino, que no prosperó en la interna.

El triunfo de Frondizi con el apoyo del peronismo, en la elección presidencial, alejó temporarily a Zavala del primer plano de la política. Aprovechó esos años de Frondizi y de Guido que lo reemplazó en la presidencia, tras otro golpe militar, para intensificar sus lecturas y estudios, especialmente en los temas económicos. Desarrolló entonces sus ideas sobre la democracia social, que se concretarían en una obra escrita, tomando cada vez más distancia del liberalismo “gorilizante”, compañero de ruta de la acción directa contra el despotismo.

La Unidad Radical auspició, para las elecciones de 1963 que ganó Arturo Illia, el nombre de Zavala Ortiz para candidato a vicepresidente, pero en la interna resultó consagrado Carlos Perette, quedando establecido que aquél tendría un lugar en el gabinete. Su aspiración era ser Ministro de Economía, para lo que se había preparado, pero le tocó en suerte ser Canciller.

No cabe duda que la vida pública de Zavala tuvo sus años cimeros durante la presidencia de don Arturo Illia: es de toda justicia afirmar que fue uno de los grandes ministros de Relaciones Exteriores de nuestro país. Obtuvo un notable “succés d’estime” en los círculos diplomáticos extranjeros y en los difíciles medios locales. Ese prestigio lo logró aún en el más exigente de los lugares: la Cancillería, “la Casa”, recalcitrante ámbito que no perdona nada pero consiente todo, donde no hay período en que los diplomáticos locales dejen de opinar que “el Ministerio está peor que nunca”. Sin embargo a Zavala Ortiz se lo respetó por su inteligencia, por su imaginativo liderazgo, por su trato considerado y afectuoso con el personal, calidad humana que distingue a los hombres de bien. Se lo recuerda además por recurrir naturalmente al consejo de los profesionales después de superar -como me lo confió en su momento- las frondas que desde afuera y adentro de “la Casa”, lo incitaban a cortar cabezas.

Le tocó a la administración de Illia expresarse en política exterior treinta y cinco años después de haber sido el radicalismo gobierno por última vez. El mundo era otro: se habían producido la guerra civil en España y la Segunda Guerra Mundial, se crearon las Naciones Unidas, la OEA y el Movimiento de los No Alineados, se dividió el mundo en dos bloques ideológicos, se instaló en América un régimen comunista y se inventó la peor de las máquinas de matar.

Sobre la base de posiciones de política exterior nutridas, lógicamente, en los principios del radicalismo, le tocó al Canciller de Illia diseñar una diplomacia a tono con aquellos tiempos de guerra fría y del reclamo creciente de un tercer mundo que había tomado conciencia de su dificultad de desarrollarse por escatimársele apoyo y porque los recursos de las superpotencias tenían un destino prioritario: armarse.

Para Zavala Ortiz, la prioridad número uno fue la acción solidaria con América Latina, no sólo respondiendo a una realidad geográfica y cultural, sino como proyección de un sentimiento nacional al que son especialmente sensibles los hombres del interior de la República y en contraste con los del puerto, más bien inclinados a mirar a Europa.

En ese marco, los problemas de los límites con Chile -el surgido en la Laguna del Desierto fue sorteado con gran pericia y tacto- dieron lugar a cuidadosas conversaciones entre los cancilleres Zavala Ortiz y Valdés Subercaseaux, que se cristalizaron en el abrazo cordillerano entre los presidentes Illia y Frei, ratificando la vocación de paz y amistad de nuestros pueblos, de cuya buena fe abusan, periódicamente, pequeños círculos de mira corta, pero eficaces en utilizar las emociones para torpedear el buen sentido.

Se firmó un tratado de libre navegación con el Paraguay y las tareas de acercamiento con el Brasil merecieron que Itamaraty instituyera el premio Zavala Ortiz al mejor trabajo sobre la amistad entre los dos países. Firmó con Bolivia el Acta de La Paz concediendo la salida al mar y un puerto franco en Rosario, amén de inaugurar el primer servicio ferroviario entre Buenos Aires y Santa Cruz de la Sierra. Colocó la piedra fundamental del puente Paysandú-Colón sobre el Río Uruguay y firmó el protocolo del Río de la Plata que liquidó los últimos litigios fronterizos con el país oriental al dar lugar a la futura firma del Tratado del Río de la Plata.

No se detuvo en los países vecinos la acción latinoamericanista de Zavala; fue el primer Canciller argentino que visitó América Central y lideró la incorporación al Grupo Latinoamericano de las Naciones Unidas de los dos primeros países de habla inglesa independizados del Reino Unido, Jamaica y Trinidad y Tobago, los que, reconocidos y pese a ser miembros del Commonwealth, nos apoyaron más tarde en el caso Malvinas.

En 1964 se firmó la Carta de Alta Gracia en una reunión latinoamericana de nivel ministerial, con lo que la Argentina tomó el liderazgo regional para obtener apertura para nuestros productos, cooperación tecnológica, disminución del proteccionismo, financiación para el desarrollo. La Carta, a la que adhirieron países de otras áreas geográficas, fue la base de la constitución de Unctad y del Grupo de los 77.

La relación con los Estados Unidos preocupaba especialmente a Zavala. Como se vió, era un aliadófilo por convicción y un sincero admirador de dicho país. Pero le tocó ser Canciller en tiempos de gran perturbación hemisférica con la presencia de movimientos subversivos apoyados por Fidel Castro, hombre de gancho fuerte en las izquierdas, en los medios intelectuales y en los estudiantiles. No eran inmunes a ello muchos políticos argentinos y la dificultad para mantener un equilibrio había sido importante factor en el derrocamiento de Frondizi.

En el marco de las relaciones con Washington, precisamente uno de los puntos de mayor fricción entre la Unión Cívica Radical y Frondizi, fueron los contratos de petróleo suscritos por éste con la Standard Oil de California, juzgados por los radicales como ilegales y sospechados de gestión irregular. Su anulación fue una de las banderas de Illia en la campaña electoral, dado el rigor con que concebía el respeto a la ley y a la preservación de la ética en el manejo de la cosa pública; dicha anulación fue uno de sus primeros actos de gobierno. El nuevo Canciller fue naturalmente solidario con el Presidente, aunque no le escapaba, en el fondo, el efecto negativo sobre el poderoso mundo de los negocios norteamericano. Kennedy envió a Buenos Aires al famoso Averell Harriman a entrevistarse con Illia y Zavala Ortiz y las aguas se mantuvieron en calma al comprenderse que la decisión tomada nada tenía que ver con cuestiones ideológicas.

Tiempo después, en mayo de 1965, cuando los marines desembarcaron en Santo Domingo para aplastar una rebelión apoyada por Castro, se originó en el congreso argentino un intenso debate sobre la resolución de la OEA propiciada por los Estados Unidos, de convertir la fuerza de ocupación en fuerza interamericana de paz, lo que se logró con el voto argentino. Pese a la opinión contraria del partido, Zavala hizo prevalecer su punto de vista consistente en que si la OEA tomaba cartas en el asunto, se daba una solución regional a la candente cuestión de la propagación del castrismo en Latinoamérica y se evitaba lo que deseaban Fidel y sus mandantes del Este, es decir, la confrontación directa entre Washington y nuestros países.

Las relaciones con Europa se mantuvieron fieles a la mejor tradición; uno de sus momentos más emotivos fue la visita del Presidente de Francia, el General De Gaulle, quien no dejó de subrayar lo sensible que era al sentimiento pro francés de los hombres del radicalismo en la guerra y en la paz. Ese clima favoreció que se entablaran serias gestiones ante los países de la comunidad, pero principalmente a través de Francia e Italia, para lograr un tratamiento preferencial en la colocación de nuestros productos, gestión muy adelantada que el golpe militar interrumpió.

La óptica universalista con que Illia miraba al mundo llevó a su Canciller a mantener con la Unión Soviética y los países socialistas una relación cortés, con especial acento en lo comercial. Pero en lo político, quien les habla, a la sazón Embajador en Moscú, recibió instrucciones precisas de Zavala Ortiz de expresarle al Canciller Gromyko que la Argentina veía con profunda preocupación el apoyo que la Unión Soviética otorgaba a los movimientos subversivos en América Latina y que esperaba que ello cesase.

Con visión de futuro, planeó ante una realidad que se veía venir, apoyar el ingreso de China continental a las Naciones Unidas, anualmente bloqueado por el voto latinoamericano exigido por Washington. Entendió que la Argentina, como

ya lo habían hecho el Reino Unido y Francia, entre otros, debía reconocer, en actitud independiente, esa realidad. Sucedió, sin embargo, que aquellas presiones que las FF.AA. ejercían en tiempo de Frondizi para imponer sus primarias concepciones sobre el comunismo internacional, no se habían apaciguado y por una infidencia de un funcionario de la Cancillería, se produjo el planteo que canceló el proyecto. Tiempo después, la “diplomacia del ping-pong” de Nixon produjo el cambio que lúcidamente Zavala había anticipado.

Frente al Movimiento de los No Alineados, la Argentina, como México y Brasil, se mantuvo en la condición de Observadora, con lo que manifestaba solidaridad con las causas del tercer mundo que nos involucraban pero no nos comprometíamos en posiciones de guerra fría ajenas a nuestra vocación occidental.

El fundamental acuerdo gestado con la Santa Sede que puso fin a tantos desencuentros motivados por la injerencia del Estado en los nombramientos eclesiásticos, tuvo en Zavala Ortiz el hombre inspirado que buscó el momento propicio para concretarlo y así poder terminar con los largos años de patronato heredado de la corona española. No todo fue fácil, ya que hubo que sortear varios obstáculos para superar por un lado las reservas de la Iglesia para firmar un concordato clásico y por otro las prevenciones político-constitucionales en nuestro país. Se negoció durante varios meses acordándose entre Zavala Ortiz y el Nuncio Monseñor Mozzoni que el 30 de junio se firmaría el documento. Dos días antes, un golpe militar disolvió los poderes constitucionales. Muy poco después, el acuerdo fue suscripto por el Dr. Costa Méndez, sin alteraciones. Pero la Iglesia y la historia reconocen sin ambigüedades, que Miguel Ángel Zavala Ortiz fue su artífice indudable.

Si hubo un hecho en el gobierno del Presidente Illia que genuinamente puede calificarse de histórico, fue su política para la recuperación de las Islas Malvinas.

Durante décadas existía un diálogo de sordos entre la Argentina que reclamaba su devolución y el Reino Unido que respondía que no dudaba de sus derechos soberanos. Con ello lograba Londres mantener la disputa congelada e ignorada por la opinión internacional. Hasta que Zavala Ortiz, en 1964, ideó una nueva e ingeniosa estrategia: utilizar las disposiciones de descolonización de las Naciones Unidas para interesar a la comunidad internacional a presionar a los británicos a negociar. Fue así que pese a la resistencia de éstos, en 1965 se aprobó una resolución, la 2065, que invita a las partes a negociar pacíficamente y que obtuvo el apoyo de 94 países, entre ellos varios de Europa Occidental, pero con la abstención de los Estados Unidos. Debe subrayarse que el alto porcentaje de apoyos se debió a que las partes se comprometían a una solución pacífica. Paralelamente se logró, también por votación resistida por los ingleses, que el nombre “Islas Malvinas”, en español, se incorporase a todos los documentos del organismo, donde sólo se las conocía como “Falklands”.

De ahí en adelante la historia es conocida: el caso de las Malvinas “salió del closet” y el Reino Unido se vio obligado a aceptar un proceso de negociaciones con momentos en que estuvo al borde de obtener la transferencia de la soberanía y otros de frialdad y tensiones, lo que es natural en las transacciones internacionales de esta naturaleza y más aún cuando un país de rango medio procura torcer la voluntad de una gran potencia.

Uno de los aspectos más inteligentes de la estrategia de Zavala Ortiz, fue la de planear formas de contactos con los isleños, garantizando el respeto a sus hábitos culturales y políticos y el reconocimiento de sus bienes materiales en caso de que las islas fuesen restituidas. Quedó así planteada en Naciones Unidas una doctrina que luego siguió España para su reclamo de Gibraltar. Ella consiste en que son los intereses y no los deseos de una población no autóctona los que deben tenerse en cuenta para dirimir una disputa originada en el quebrantamiento de la integridad territorial a raíz de una situación colonial. Concederles a los isleños facultades de decisión hubiese sido reconocerles una personería que sólo corresponde a los titulares de la disputa, el Reino Unido y la Argentina.

Esta estrategia marcaba el buen camino, que tenía que ser arduo y probablemente largo, dada la envergadura de la contraparte, pero era el camino de la sensatez y del respeto de las decisiones de la comunidad internacional, seguido por todos los gobiernos hasta abril de 1982.

Durante el período posterior al derrocamiento del Presidente Illia -hecho desencadenante en el tiempo de una lista cada vez más larga de arrepentimientos- Zavala se refugió en su departamento de la calle Galileo, que se convirtió en salón de tertulias y encuentros con amigos, políticos, diplomáticos y visitantes extranjeros. Ya se lo conocía como el estadista que había hecho jugar a la Argentina, con tacto y con profesionalidad, un papel digno donde le correspondía actuar en su condición de país importante de América Latina, pero de rango medio en el concierto mundial.

No descuidaba la política interna, en hibernación forzada. Convencido de la necesidad de estrechar filas con el peronismo a fin de acordar estrategias para el retorno a la normalidad constitucional, mantuvo conversaciones secretas con el representante personal de Perón, el ex Canciller Jerónimo Remorino: las coincidencias, presentadas a Balbín y al huésped madrileño, sirvieron de antecedente para la futura “Hora del Pueblo”, conglomerado de partidos populares que presionó por elecciones.

Producidas éstas, triunfó Héctor Cámpora y se abrió el período de mayor turbulencia de la historia moderna de la Argentina, que se agravó a partir de 1976 ante otra irrupción de los militares. Zavala trabajaba intensamente: lo estoy viendo en la mesa de su comedor, llena de hojas y de libros desparramados, escribiendo sin cesar opiniones para el partido, artículos para los diarios, papeles

académicos, mientras la adorable y serena Lidia atendía a los visitantes con su sencillo señorío provinciano.

Uno de sus trabajos más célebres fue su largo artículo publicado en “La Nación” en febrero de 1981, de notable erudición y de hondo sentido pacifista, defendiendo los resultados de la mediación papal en el caso del Beagle. Lo abre con un párrafo que quizás merezca ser citado hoy:

“La cuestión sobre nuestros límites actuales con Chile suscitada desde hace más de un siglo, ahora actualizada y en vísperas de dirimirse, se está impregnando de sentimientos y pasiones encontradas, juicios contradictorios, informaciones distintas, interpretaciones enfrentadas. Voluntaria o involuntariamente, se empuja hacia una diplomacia sobreexcitada, alejada de la mediación serena, objetiva y realista que necesitamos para la mejor defensa de nuestros derechos e intereses”.

En esos días me encontraba en una comida de diplomáticos donde se discutió el tema del Beagle y un almirante calificó a Zavala Ortiz, por ese artículo, de traidor a la Patria. Claro está que ya no eran los tiempos de la Armada prestigiosa y democrática de los almirantes Domecq García, Sáenz Valiente, Eleazar Videla, Gargiulo. Era otra Marina, era la que nos llevó al borde de la guerra con Chile en 1978, impulsó la recuperación de las Malvinas por la fuerza en 1982, era la de la ESMA de triste memoria.

Nos vamos acercando al final de la vida de este gran hombre que coincidió con la crisis más grave que la Argentina tuvo en este siglo: la Guerra del Atlántico Sur. Lo sorprendió cuando ya Lidia había muerto creándole un inmenso vacío. Su salud, además, era muy precaria. A un asma antigua que lo sofocaba continuamente, se agregó una torturante afección reumática.

Ello no impidió que durante la crisis mantuviese permanentemente contacto con la Cancillería y Galileo se convirtió en centro de febriles reuniones con los altos dirigentes del partido, ávidos de información y de sus opiniones. Conversamos mucho durante esos imborrables días. En Nueva York, yo había sido miembro de su equipo que produjo la 2065, y por consiguiente siempre me consideré comprometido a trabajar por la recuperación pacífica de las islas como lo había recomendado esa histórica resolución.

Dada la magnitud de lo que estaba pasando, Miguel Ángel, que sentía profundamente lo nacional -aunque era refractario al nacionalismo irredentista- sufrió hasta los tuétanos el dolor de la Patria en guerra, donde miles de chicos eran enviados a pelear por la causa a la que él había dedicado sus mayores energías desde hacía dieciocho años. Y no dudó que su deber era poner su experiencia a disposición de la Cancillería para ayudar a que la diplomacia de esos días negociase un resultado honorable. Pero como las decisiones no se tomaban en el

Ministerio de Relaciones Exteriores, poco podía influir la sabiduría y el sentido común ante la megalomanía irresponsable.

Llegó a escribir en esos días dos artículos en “La Nación” exponiendo ideas que fueron los últimos testimonios públicos de su erudición profesional mezclada con su inveterada pasión política.

El 20 de mayo de 1982, a los 77 años y en plena guerra, murió de un derrame cerebral. Ese mismo día, fuerzas inglesas desembarcaban en San Carlos. Era el principio del fin y no hay duda de que para un hombre sensible y patriota como él, el drama que sufría el país fue el golpe de gracia sobre su físico enfermo.

Nos dejó una biografía que me he atrevido a bosquejar hoy, que pone de relieve su inteligencia, sus cualidades de luchador y hombre de principios, de hábil y tenaz político. Y quienes tuvimos la suerte de estar cerca de él, nos beneficiamos de la gran calidad humana de ese hombre que no sabía lo que eran ni la envidia ni el rencor.

La figura de Zavala Ortiz, pues, es memorable y ejemplar. Por ello debe erigirse en modelo de consagración a la vida pública y a la función pública. En estos tiempos en que el venerable “cursus honorum” de la cosa pública ha perdido jerarquía, cuando es fácil enrostrarle complicidad con múltiples concupiscencias, cuando la palabra corrupción es en demasía invitada de las primeras planas, es saludable volver la mirada a los hombres ejemplares, hacer conocer su vida y los legados que aún pueden inspirarnos a construir un futuro mejor para la Argentina.

La imagen de Miguel Ángel Zavala Ortiz, que me honró con su amistad y me aleccionó con su sabiduría, nos ilumina en tal empeño.





Comida de Fin de Año del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (Diciembre de 1978). Embajador Nicanor Costa Méndez, Doctor Miguel Ángel Zavala Ortiz, Embajador Hipólito Jesús Paz, Embajador Carlos Manuel Muñiz.

# CARI



Jockey Club

11

**LOS DIPLOMATICOS**  
Estudios históricos sobre  
la diplomacia argentina